

La carnicería La Equitativa es, como otros tantos expendios del ramo, un establecimiento nada llamativo, pero hoy, en contraste con la plácida tarde reinante, parece una fortaleza sitiada. Si en sus inmediaciones todo es calma, en ella todo es desasosiego. Sin tregua la marea humana sigue afluyendo. Ya forma una cola de más de una cuadra.

Esa excitación —que toca las lindes de la histeria— se debe a la venta libre de carne. El público podrá comprar toda la falda, el jarrete, el boliche, bistés y costillas que desee; el de un gusto más exigente adquirirá hermosas masas de cerdo o delicadas piernas de cordero. En ese sentido se ha dado carta blanca por esta tarde y todos están dispuestos a proporcionarse la carne que necesitan.

Un pueblo sometido al racionamiento no tiene que dar muestras de cordura si, como ahora ocurre, hay venta libre de carne. El hecho de privarse de ella día tras día lo ha llevado a la falsa creencia de que en breve serán víctimas de la inanición. «¿Qué va a ser de nosotros?» Y así pasan su vida discutiendo los medios de procurarse carne.

Puede entonces comprenderse su histeria. A la vista de tal cantidad de carne, que comprarán después de permanecer en una cola hecha de ansiedades y de empujones, ya la ven convertida en una nada aterradoramente. Los más próximos al mostrador meten sus ojos en los enormes cuartos de res que cuelgan de los garfios y aspiran con fruición el olor de la sangre coagulada. Es, por así decirlo, un día de fiesta nacional.

En la cola predomina el elemento femenino: señoras elegantes y mujeres del pueblo, criadas, jovencitas. Todas se introducen osadamente en lo más apretado de la cola. Una de estas señoras, Dalia de Pérez, ha logrado a fuerza de sonrisas y caderas situarse a dos dedos de la carne. Vestida como para una fiesta sostiene un parloteo incesante con su criada. De pronto lanza una exclamación de sorpresa.

—¡Pero si es René! Mira, Adela, ¿no es René ése que está en la fila del centro? Parece hipnotizado. Mira, Adela—y se lo señala—, mira qué pálido está. Si fuera hijo mío le daría un vasito de sangre cada mañana. ¡Oh, Dios mío, qué época nos ha tocado vivir!

René, que casi roza con su cara un cuarto de buey suspendido de un garfio, exhibe una palidez espantosa. Le horroriza cuanto sea carne descuartizada y palpitante. Un cadáver no le causa mayor impresión, pero la vista de una res muerta le provoca arqueadas, después vómitos y termina por echarlo en la cama días enteros. ¿Por qué entonces, a despecho de tales terrores, está en la cola de La Eguitativa?

El padre de René tiene un marcado gusto por la carne, una preferencia tan apasionada que constituye un sacerdocio y hasta una dinastía, algo que se transmite de padre a hijo, y se lega celosamente para mantener vivo el entusiasmo. Esto explica su presencia en la carnicería.

Y para un joven en trance de heredar la corona de su padre, nada mejor que la asistencia regular al matadero, donde hombres armados de grandes cuchillos y de picas arremeten contra las reses abriéndolas en canal. A René lo han llevado a presenciar estas matanzas. Su impresión fue tan espantosa que enfermó de gravedad. En consecuencia su padre juzgó que las cosas debían ir por grados: primero, asistencia sistemática a las carnicerías, después a los mataderos, más tarde, a las grandes hecatombes humanas.

Saliedo de su ensimismamiento René pasó la vista por el público. Sus ojos troppezaron con los de la señora Pérez, que no le había quitado los suyos. Ella vivía enamorada en silencio de la carne de René. De acuerdo con el canon de esta señora, René era la encarnación viviente de un semidiós griego. Aunque en esto haya confusión histórica no podría negarse que René es una criatura espléndida. Si no posee los músculos del atleta, en cambio en la calidad de su piel reside su belleza, y lo que lo hace irresistible es la seducción de su cara. En ella la nota dominante es ese aire que está pidiendo protección contra las furias del mundo. Y cosa extraña: ese aire que pedía protección se manifiesta

ba en su carne de víctima propiciatoria. La señora Pérez la imaginaba herida por un cuchillo, perforada por una bala o pensaba en su uso placentero o doloroso. Cuando por vez primera sus ojos vieron la carne de René, experimentó la desagradable y angustiosa sensación de que esa carne estaba a dos dedos de ser atropellada por un camión, que se hallaba intacta de puro milagro, y tan sólo faltaban unos minutos para que algo demoledor se le echara encima ampujándola. Por contragolpe, se sumó a su vista en divinos éxtasis. Una carne tan «expuesta» (así la calificaba) prometía goces insospechados a la carne que tuviera la dicha de obtenerla en el camino de la vida.

A punto de cumplir veinte años, René sólo conocía su propia carne. Ramón, su padre, lo había constreñido a una vida tan solitaria que René ni siquiera había visto la carne al desnudo de los muchachos de su misma edad, y mucho menos conocía la carne de la mujer. Ramón se había empeñado en educarlo en el más absoluto de los cenobios. Parecía que se empeñaba en demostrar a su hijo que sobre la tierra sólo había un hombre y una mujer, él y su madre.

Este programa de aislamiento se iba cumpliendo con exactitud espantosa. Donde viviera este trío estrafalario, la gente diría siempre lo mismo: ¿a qué escuela envían al hijo?, ¿con qué niños jugará?, ¿a qué niñas mira? Sería vano tratar de responder tales preguntas si otras, de orden más general, quedaban igualmente sin respuesta: ¿Quién era Ramón, de dónde procedía, que hacía?... Unos afirmaban que era viandante de comercio, otros que ingeniero o contrabandista, y hasta había gente que aseguraba que asesino. Lo cierto es que sólo se podía asegurar que Ramón era un hombre perdidamente enamorado de la carne. Tan enamorado que hacía meditar la de su hijo, con todo el desvelo posible, para ofrecerla en holocausto a divinidades ignoradas.

En relación con el culto del padre, corría un chisme por el vecindario. El señor Powlawski, viejo inmigrante polaco y joyero establecido, había encuehado de labios de Ramón esta frase, dicha a un hombre muy viejo: «No se aflija, mientras hay carne hay esperanza...»

René había vuelto a poner sus ojos en el cuarto de res colgada y estaba a punto de desmayarse. La señora Pérez nada podía hacer a riesgo de perder su sitio en la cola. Luchaba entre auxiliar a René o permanecer en su puesto. Si lo ayudaba podía perder la carne de res, y a su vez, dejarlo desmayarse, era para ella algo intolerable. Vio entonces que su amiga Laurita, compañera en el bel canto, se hallaba precisamente junto a René. Por señas le hizo comprender la situación.

Laurita sacó de su cartera un frasco de sales, se las dio a oler a René, éste revivió, y la señora Pérez también.

Y en ese instante, alguien que estaba detrás de ella, dijo a su oído: —Lo he presenciado todo.

—Buenas tardes, señor Nieburg. No hay que ser vidente para darse cuenta del estado de ese joven. Créame, me inspira una profunda lástima.

—Señora, a mí ninguna. Esa clase de carne no me gusta. Más bien lo que quiero decirle es que el jovencito continúa como un profundo misterio para nosotros. Para mí se trata de un conspirador.

—Usted siempre viendo conspiraciones, señor Nieburg. Es tan fácil imaginar cosas y darlas por ciertas.

—Por favor, señora Pérez, no se las dé de discreta. El señor Powlawski me ha confiado que usted misma le ha dicho que René tiene cara de conspirador.

—De modo que el señor Powlawski se atreve a poner en mi boca semejante calumnia. No importa —dijo con tono plañidero—, ahí tiene ante usted la verdad misma (y señalaba a René): mírelo y dígame si eso puede tener cara de conspirador. Yo diría que tiene cara de enfermo.

—En todo caso de conspirador enfermo, señora Pérez. Mire esa cara: inspira desconfianza.

—Sólo un pájaro de mal agüero como usted se atreve a conjurar males sobre esa pobre cabeza.

—Ya se las arreglarán, él y su familia, para que esos males recaigan en otros. Qué ingenua es usted, señora. Perdome, pero no puedo menos que reírme. ¿No está viendo que los visajes de René forman parte de una farsa?

—Pues a pesar de todo cuanto usted diga, seguiré pensando que René necesita ayuda.

—Cómo no, mi querida amiga, no faltaba más. Claro, usted puede auxiliarlo. Con sus encantos el jovencito se sentirá muy reconfortado. Bueno, llegó mi turno. ¡Viva la carne! —y le dijo al oído—: Ahora va en serio. Mucho cuidado con esos aventureros.

Las palabras de Nieburg dejaron confundida a la señora Pérez. Empezó a imaginar situaciones horribles: vio a René entrando en su casa para robarle hasta el último centavo, lo vio en su dormitorio acariciándola con una mano y con la otra hundíéndole un puñal en el corazón. Tan vívidos fueron sus terrores que dio un grito y flaquearon sus piernas. No pudo desmayarse: la carne de res se le ofrecía como la hostia consagrada. Sacó fuerzas de flaqueza, eligió, pagó y salió. Pero

antes de marcharse pasó cerca de René y le dio la mano. De este modo hacía ver a Nieburg que sus palabras no le habían causado ninguna inquietud.

René se quedó confundido y volvió a meter los ojos en el cuarto de res. Cuando Laurita le dio a oler las sales la gente había hecho comentarios. Y ahora, esta señora se acercaba para estrecharle la mano. René la conocía de vista (y cómo no reparar en la insistente y pintoresca Dalila de Pérez). Fuera a donde fuera, siempre se topaba con ella, y nunca se había atrevido a saludarlo. A René no le desagradó el saludo, pero recordó que su padre le tenía absolutamente prohibido entablar relación amistosa con quienquiera que fuese. Qué palinodia y qué castigos si Ramón lo llegaba a sorprender cambiando un saludo con la señora Pérez.

Para colmo, su desfallecimiento en la cola se comentaría en el barrio, y podía llegar a oídos de su padre. De modo que lo mandaba a la carnicería con objeto de familiarizarlo con la carne y él se permitía un desvanecimiento. En vez de aprovechar la profusión de carne sacrificada, entornaba los ojos y dejaba volar la mente. Se acordó de que su padre le había dicho que «tenía la carne flaca», y que a punto de cumplir los veinte años, las promesas de su carne resultaban francamente desalentadoras. Este recuerdo lo llevó a la más torturadora de sus cavilaciones: *¿a qué se destinaba su carne?*

Los años vividos junto a su padre no arrojaban luz sobre esta cuestión. Ramón, semejante a los magos que se rodean de una niebla para ocultarse del resto de los mortales, escondía celosamente todos sus actos. René presentía la anormalidad, pero le faltaban las comprobaciones. Aparentemente la vida de su padre era normal: comer, dormir, bañarse, salir de viaje, volver, ir a un cine, leer, y al mismo tiempo qué exaltación perpetua, qué desplazamientos de una a otra ciudad, de un país a otro, de un continente a otro más lejano. Y esas largas, sempiternas homilías de su padre sobre el valor de la carne, sobre lo que el factor carne significa en la marcha de las naciones. Era, en verdad, un lenguaje hartamente complicado, ya que la carne estaba presente en cada tema de conversación. René recordaba la glosa que Ramón hacía del célebre apotegma de Arquímedes: «Dadme carne y moveré al mundo». Dondequiera que volviera los ojos, tropezaba con abrumadoras cantidades de carne.

Una vez preguntó a su padre si pensaba hacerlo aprender el oficio de carnicero, y Ramón contestó que a su tiempo se madura la carne. Y

añadió: «De todos modos no tomes al pie de la letra lo de convertirte en carnicero. Nunca me has visto descuartizar una res. Tampoco perteneces al sindicato de sacrificadores y expendedores de carne de res. Si te exijo el culto de la carne, no quiere decir necesariamente que serás carnicero. Estás destinado a algo infinitamente más noble.»

¿Qué se proponía su padre con esas frases dejadas siempre en la sombra, con hablar por refranes, con frases de doble y hasta de quintuple sentido? ¿Por qué se negaba a decir lisa y llanamente las cosas? ¿Podía decir las un hombre que enmascaraba cada uno de sus actos? Había que verlo caminar; lo hacía como el que teme una agresión, volviéndose por temor a un súbito ataque, con sus ojos explorando el terreno antes de aventurarse a salir. Sin duda contra su padre había alguien o él mismo estaba contra alguien. A René bastaba realizar el recuento de su corta vida para confirmar su presunción. La vida de los tres había sido un constante éxodo. No recordaba haber pasado más de un año en el mismo país. Se instalaban como para el resto de sus vidas, y un día Ramón levantaba el campamento para transportarlos a cientos de kilómetros, donde todo resultaba diferente: gentes, costumbres, idioma. Cuando pasaban unos meses, vuelta de nuevo al éxodo. No dejaban las ciudades perseguidos por turbas amenazadoras, ni entre piquetes de soldados, pero cuánta violencia, angustia y desazón en esos fulminantes desplazamientos. René recordó la última ciudad en la que les tocó «pernoctar» en Europa antes del gran salto a Norteamérica. Arribaron a ella en invierno, y en ese mismo invierno la dejaron. No hubo tiempo para que las nieves se fundieran. No era su culpa si, debido a estos desplazamientos, su impresión de la ciudad devenía tan estrecha, tan unilateral que la reputaba de «eternamente blanca».

Arribar al país elegido era también singular: no bien llegaban, alguien se acercaba, los metían rápidamente en un auto y los llevaban a una nueva casa. En ella René experimentaba el mismo desasosiego que en las anteriores. Tenía que asomarse a la ventana para ver el paisaje distinto y convencerse de que no había dado marcha atrás. En estas moradas de paso siempre había la eterna «oficina» de Ramón, una pieza más de la casa, pero constantemente cerrada. Qué hacía su padre en tal «oficina», para qué fines servía. Allí Ramón pasaba las horas y ni la misma Alicia se hubiera atrevido a molestarlo. Las contadas veces que René lo vio salir de la «oficina» advirtió en su cara las señales de un cansancio agotador, el paso vacilante de un borracho, *Commovido*,

expresó a su padre el deseo de ayudarlo en su trabajo. La respuesta de Ramón fue un grito estentoreo.

En esta postrer ciudad de Europa habían batido el récord de estadia: en ella residieron ocho meses. De pronto, volaron a Norteamérica. René se había echado a reír como un tonto cuando al llegar a su casa, abrumado por el peso de unos kilos de carne, vio a sus padres haciendo las maletas. Ramón le dijo que embarcarían hacia Norteamérica en el término de una hora. El paquete de carne se le cayó de las manos, y con la boca abierta, parecía la estatua del estupor. No lo dejaba boquiabierto el anuncio del viaje (estaba hecho a tales sorpresas), sino la inutilidad de su compra. Esto le produjo tal acceso de risa que Ramón lo reprendió. René, revolcándose en el piso, gritaba con convulsas carcajadas que los gatos se darían un festín.

Hoy mismo podría repetirse la escena. Al llegar a su casa, abrumado de carne y de vergüenza ¿vería a sus padres haciendo febriles preparativos de viaje? Entonces ¿no sería más prudente llamar por teléfono y preguntar si estaban a punto de volar? Pero esta idea, que no era en el fondo sino su aspiración de ver terminados sus sufrimientos en las carnicerías, se fue con la misma rapidez que llegara. Y en su lugar surgió ésta: dejaremos esta ciudad para llegar a otra, y yo iré tarde tras tarde a la compra de la carne.

Su futuro sería siempre ese peso muerto formado por el pasado de su vida. Era para rebelarse contra la norma de conducta impuesta por su padre y dejar allí mismo la carne comprada y cantarle a Ramón las verdades...

En ese momento el cliente que estaba detrás le dijo:

—¡Vamos, no se duerma...!

René dio un brinco y quedó frente al carnicero que apuntándole con el cuchillo, preguntó la clase y la cantidad de carne a comprar.

Y una vez más, con lamento de animal herido, pidió un kilo de ésta y cuatro de aquella... Entonces, para que su vergüenza y frustración se hicieran más parentes, el carnicero le regaló unas piltrafas para el gato.

Después de tomar el café, Ramón le dijo a Alicia:

—Tienes que curarme la llaga.

René, que aún tomaba su café, al oír la palabra «llaga» dejó caer la taza. Se agachó para recoger los fragmentos. De nuevo oyó la voz de su padre.

—Vamos, Alicia, date prisa, la llaga no espera.

Las manos de René empezaron a temblar, los fragmentos de la taza saltaron de sus dedos. De nuevo se oyó la voz de Ramón:

—Ven, René, te necesito a mi lado. Es conveniente que empieces a aprender estas cosas.

René alzó la cabeza y la dejó como clavada en una pica. Durante años se había cumplido el programa de la contemplación de la carne de res; de pronto, sin previo aviso, era invitado a contemplar llagas humanas. Recordó que el día venidero cumpliría veinte años y asoció su cumpleaños a la inesperada revelación de su padre. A despecho de proseguir el culto a la carne de res, le impondrían una nueva tarea: asistir a la curación de la llaga.

Ramón se quitó la camisa y René vio una llaga en su pecho.

—¿No te gustaría tener una como ésta?

René se puso lívido, se incorporó, empezó a retroceder.

—No, eso no —atajó la voz de Ramón—. Tienes que presenciar la cura.

—Por favor, papá, me dan ganas de vomitar.
—¿Lo oyes, Alicia? Conque ganas de vomitar... ¿Entonces no te gustaría tener también tu llaga?

—No, no quiero, es horrible.

Ramón y Alicia se miraron. René se echó a llorar. Vio que Ramón se le acercaba; pensó que lo heriría en el pecho; dio un grito y cayó de rodillas.

—Papá, te obedeceré en todo, no me mates.

—No seré yo quien te hunda el cuchillo, hijo mío. Piensa que en el mundo existen millones de manos y millones de cuchillos.

Lo cogió por los hombros y lo sentó en una silla.

—Mira, tu cuerpo, el mío, el de tu madre, están hechos de carne. Esto es muy importante, y por olvidarlo con frecuencia, muchos caen víctima del cuchillo. Sabes que practico el culto de la carne, no el de la atlética e intacta, sino el de la trucidada. Eso sí, viva y palpitante como esta llaga. O como ésta —y se arremangó el pantalón—. Mira qué llaga, del tamaño de un puño. Es reciente. Aun después de curada, la piel se mostrará translúcida y violácea. O si lo prefieres puedo mostrarle mi primera herida, una herida que tiene cuarenta años y, sin embargo, persiste en mantener la cicatriz. Mirala —se sacó el zapato y la media con gran calma y parado en un pie mostró la planta del otro—. ¿No ves que abarca desde el calcañal hasta los dedos? Y en el otro pie sucede lo mismo. Fueron estas dos heridas, mi primera batalla con la carne, y de la cual, si no me equivocó, salí victorioso. No voy a hacerte el relato de esa aventura, pero puedes tener por cierto que no fue una pluma de ave lo que se mantuvo horas y horas pegado a estas plantas. Ya ves, mi cuerpo tiene mucha carne por donde cortar... ¿Quieres otro ejemplo? Mira mi hombro derecho. Sabes que esta parte del cuerpo se denomina clavícula. Pues bien, se ha convertido en una grotesca protuberancia. ¿A qué se debe tan violenta dislocación? ¿Y por qué no tengo uñas en los dedos de los pies y en su lugar se observan negros boquetes? Sí, mira, no te canses de mirar, de examinar, y si quieres hasta puedes tocarme. ¡Vamos, ánimo! Me estás viendo como realmente soy. Y hay más, esto no es todo... Mira aquí. ¿En virtud de qué, esta piel del vientre —y mostraba su vientre deformado—, está llena de costurnes? Para no hablar de otras señales, aunque diminutas, no por ello menos refinadas. Mira este agujero en la oreja, del tamaño de una moneda de un centavo. Te confieso que siento por él un cariño especial. Me procura la sensación de que es como un mirador de cuanto se

encierra en mi cuerpo —lanzó una sonora carcajada y se echó en el piso—. ¡Qué cuerpo el mío! ¿No te parece? Y oye, llevo cuarenta años luchando con la carne, pero siempre animoso, siempre coleccionando trofeos, batiendo récords... En una palabra, resistiendo, hijo mío, resistiendo.

—¿Resistiendo, papá, resistiendo a qué? —dijo René, lloroso.

—Bueno, cálmate, no veo ninguna razón para ponerse así. Me parece que todavía no estoy muerto.

Se quedó un momento pensativo y prosiguió:

—¿Pensas que estos golpes, llagas, fracturas se deben a que fui acróbata o boxeador? ¿A qué oficio o profesión atribuyes tales anomalías? Bueno, a su tiempo se madura la carne... Creo que ha empezado a madurar para ti. ¿Dime, no has pensado que tu cuerpo pueda convertirse en lo que es el mío?

—¡No, no, papá! —imploró René—. No me gustan las heridas. Prefiero intacto mi cuerpo.

—¿Qué tonterías estoy oyendo! ¿Qué significa el cuerpo intacto? Si no lo quieres vulnerado, ¿a qué lo destinás?

Lo cogió por un brazo y lo puso en pie.

—Si tu pecho no tiene una llaga como la mía, ¿de qué te serviría? Si tu vientre está libre de costurones, ¿para qué lo quieres? Si esos brazos llegan sin heridas a la vejez, ¿de qué te habrán servido? Si tus piernas no tienen mil y una heridas, ¿a qué uso placentero las reservas? Dime, héroe romántico —y lo zarandeó violentamente—, ¿joven lunar de mirada soñadora, ¿qué piensas? Cuerpo intacto, morbideces, turgencias... Dime, hijo, tu padre te pregunta: ¿No amas la carne descuartizada?

—Es fea —se limitó a responder René y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Ah, ahora nuestro héroe se desmaya! Pronto, que venga un médico, traed las sales... El hijo del rey ha muerto, el cetro pasa a otras manos. No, no, joven soñador, ni has muerto ni vas a desmayarte.

Metió el pie en el zapato, cruzó los brazos y miró a René detenidamente. Una mosca, caída en una taza, agitaba vanamente sus alas por escapar. Con suma delicadeza, Ramón la atrapó y la colocó sobre una rosa. Lentamente se fue poniendo la camisa. Por fin, alzando la cabeza de René, preguntó:

—¿Sabes cómo llamaban a mi padre los camaradas?

Y, como calculando el efecto, empezó a hacerse parsimoniosamente el nudo de la corbata. Al fin dijo:

—Mi padre, muerto dos años antes de tu nacimiento, marchó a la

tumba acompañado de más de doscientas heridas. Sin duda se había formado en la gran escuela. Yo mismo, yo, que tanto horror te inspiro, que te parezco un monstruo de deformidad, no podría compararme ni remotamente con tu abuelo. Él tenía una llaga que empezando en la retilla derecha, recorría la espalda y venía a finalizar en la misma tetilla. Y dicha llaga, al lado de la cual la mía es tan sólo una picadura de mosquito, se mantuvo, abierta y supurante, hasta el último día de su vida. Tu abuelo, camarada de camaradas, resistió victoriosamente veinticinco agujas en las uñas.

René no lo dejó continuar. Se abrazó a él, y en medio de grandes sollozos, preguntó:

—¿Por eso, papá, por eso mi abuelo era la Criba Humana?

—René, mañana cumples veinte años.

—Sí, mañana es mi cumpleaños.

—Querido hijo, el día en que cumplirás veinte años, te pondré en posesión del secreto de la carne.

A estas palabras, de un estilo grato a Ramón, sobrevino un largo silencio. René se había echado en los brazos de su madre, formando con Alicia una Pietá casera, a merced de un César implacable. Como si ese cuadro plástico improvisado de la madre con el hijo lo irritara, Ramón exclamó:

—Mañana también empezará para ti la batalla por la carne.

Fue interrumpido por un timbrazo. René corrió a abrir. Retrocedió espantado. Adelantándose con gran desenfado, la señora Pérez decía:

—No voy a comérmelo, tesorito... Sólo he venido a informarme de su preciosa salud. En la carnicería lo vi a punto de desmayarse.

Hizo una profunda reverencia a Alicia y a Ramón:

—Tienen ustedes un hijo muy sensible.

—Agradezco, señora, el interés que se toma por René —contestó Ramón—, pero le aseguro que su carne adquirirá el temple debido.

—El temple necesario... —repite la señora Pérez extrasiada ante un René con la carne sabiamente templada para el amor—. Los felicitos —añadió—. Trajeron al mundo un ser que hará una brillante carrera con su cuerpo.

René saludó a la señora Pérez y se dispuso a salir del comedor. La señora Pérez lo cogió por un brazo.

—No me va a privar de su encantadora presencia. Estaré solamente unos minutos. Olvidaba presentarme. Me llamo Dalía de Pérez. Tanto gusto,

—Tanto gusto —dijeron maquinalmente Alicia y Ramón.

—Pues es el caso —prosiguió Dalía— que este jovencito estuvo a punto de desmayarse en la carnicería. Gracias a mi amiga Laurita su lindo cuerpo no rodó por tierra.

—Tenga por seguro que esa escena no se repetirá, señora. Desde mañana...

—Pues claro —dijo Dalía—, desde mañana, desde mañana... Pero no estaría fuera de lugar un tratamiento para los nervios, los de René se ve que son fibras muy sensibles. No va a negarme que también los nervios están hechos de carne, y si los alteramos, el resto de la carne se altera.

Se quedó un momento embarullada en sus reflexiones, y añadió de un tirón:

—Lo que quiero decir es que la carne de René no está hecha para el dolor. Eso es —y apoyó la frase con una risita—, ningún dolor para esa carne.

—Lo mismo pienso yo —dijo Ramón—. Tanto es así que por eso lo mando a la carnicería. Dígame, señora Pérez, ¿no es un placer contemplar esa carne descuartizada?

Ahora la que estuvo a punto de desmayarse fue Dalía.

—¡Cómo! ¡Qué está diciendo, Dios mío! ¡La carne descuartizada! ¡El potro del tormento! No, no, aleje de mi vista esa visión infernal, y también alejela de su hijo. Mire su cuerpo, tiembla como la hoja en el árbol. Es un cuerpo hecho para el placer. Hágale la vida agradable al cuerpo de su hijo.

—Mi encantadora señora —contestó Ramón con ironía—, compruebo que usted se interesa grandemente por el destino de René. No tenga cuidado, la carne de mi hijo florecerá a su debido tiempo.

—Es encantador oírle decir eso, señor. Cuando oigo la palabra florecer me vuelve el alma al cuerpo. Y si en algo puedo ser útil a ese florecimiento, estoy a la disposición de su hijo.

René se ruborizó. Dalía hizo que se ruborizara. Ramón sintió que su sangre se le subía a la cabeza. ¿Pondría a esa mujer de patas en la calle?

Dalía no le dio tiempo. Mientras hacía nuevos saludos caminaba hacia la puerta. Una vez allí, desplegó la más seductora de sus sonrisas, volvió a saludar y dijo:

—Hágala florecer.

Al siguiente día, cumpleaños de René, Alicia lo despertó muy temprano para decirle que Ramón lo esperaba a las siete en la «oficina». Debía ir en ayunas y darse prisa. Eran las siete menos cuarto. Diciendo y haciendo le hacía cosquillas para sacarlo de la cama. René se resistía, no tanto por pereza, como por el estupor que le causaba la orden de su padre. ¿Qué significaba ir a verlo «en ayunas»? Acabó por levantarse, entró en el baño, se lavó sumariamente y dando las siete, tocaba en la puerta de la «oficina».

—Entra —escuchó un tanto ahogada la voz de su padre.

René empujó la puerta y entró. Creyó estar de pronto en el gabinete de un dentista. Las paredes estaban pintadas de blanco y del techo colgaba una lámpara de uso en las salas de operaciones quirúrgicas. En medio del cuarto había una especie de sillón de dentista, de un color entre amarillo y crema. En una vitrina, pinzas, tenazas, bisturís. Al fondo del cuarto y pendientes del techo, poleas, cuerdas y trapecios. Sobre una mesa de hierro varios sopletes oxidados. Finalmente, sus ojos se posaron en un cuadro de grandes dimensiones, un óleo del Martirio de San Sebastián. O al menos el pintor tomó como punto de partida dicho martirio, porque en el caso de este cuadro no se podía afirmar que fuera exactamente un martirio. La pintura presentaba a un hermoso joven, tal como lo había sido Sebastián, en actitud reposada, con la mirada perdida y una sonrisa enigmática. Hasta ahí

el cuadro no ofrecía nada de particular. En lo que se apartaba del modelo tradicional era en lo referente a las flechas. San Sebastián sacaba las flechas de un carcaj y se las clavaba en el cuerpo. El pintor lo había presentado en el momento de clavarse la última en la frente. La mano aún se mostraba en alto, separados los dedos del extremo de la flecha y como si remieran no se hubiera sumido definitivamente en la propia carne.

René se acercó más. En ese momento la luz de un reflector cayó sobre el cuadro, que hasta entonces había disfrutado de una ligera claridad. René retrocedió espantado: era su cara. Este San Sebastián era René. Sus mismos cabellos y su boca, su misma frente. Como en un sueño oyó la voz de su padre:

—Se parece a ti, ¿verdad?

René no respondió. Seguía con los ojos clavados, como otras flechas, en la cara del joven Sebastián. Ramón volvió a preguntar sobre el parecido. René cayó en nuevas sorpresas: su padre estaba sentado en el sillón y comprimía horriblemente sus dedos en unos torniquetes. Volvió a insistir sobre el parecido.

—Es mi misma cara —musitó René—. Sí, soy yo mismo.

—Dime, hijo mío, ¿te gusta?

René sentía que sus fuerzas lo abandonaban. Eran emociones intrínsecas. La convivencia con su padre había sido extraña, pero cosas como las que ocurrían en ese momento lo tocaban de modo directo. Oscuramente se percataba de que también se contaría con él para «el servicio del dolor». La voz de su padre, repitiendo la pregunta, lo sustrala de golpe del plano infantil, en que hasta entonces se moviera, para situarlo en la realidad de la violencia. Se vio obligado a responder. Por tercera vez Ramón preguntaba.

—Sí, padre, me gusta.

—Eso no es decir nada. Sé que te gusta. Te refieres a la pintura en cuanto tal. Y yo no te hablo de ella. Sé que se trata de una buena tela. El pintor que la ejecutó es de los nuestros y nosotros nunca hacemos mal las cosas. Lo que quiero saber es si te sientes como el René del cuadro.

—¿Lleno de flechas?

—Lleno de flechas y de cuanto está en este cuarto. Todo es poco para servir a la Causa.

Sacó sus dedos de los torniquetes. Estaban acardenalados por la compresión.

—¿Nunca te he hablado de la Causa?

—¿La Causa...? —indagó René confundido.

—La Causa es la revolución mundial. Hasta que no se produzca, deberemos servirla. El jefe que domina nuestro país, traicionó la Causa y nos persigue porque lo perseguimos. Su persecución tiene lugar dentro y fuera de este país. Tu abuelo, que tuvo el privilegio de servir a este jefe que abatió al antiguo jefe, pasó los diez últimos años de su vida persiguiendo a su jefe, quien, a su vez lo perseguía a él. El resultado fue la muerte de tu abuelo.

—¿Y el jefe también te persigue, padre?

—Acabo de decirte lo. Recogí la herencia de tu abuelo. Soy el jefe de los perseguidos que persiguen a los que nos persiguen. Sin embargo, ambos jefes estamos muy lejos el uno del otro. En otra época estábamos tan juntos que nos dábamos la mano cada día. Después nos fuimos separando. Al principio creímos que acabar con él era cuestión de horas. Pronto nos desengañamos. Abandonamos el país. Como quien dice, nos situamos enfrente. Pero él activaba la persecución. ¿Qué otra cosa podía hacer si se sabía perseguido? Fuimos poniendo tierra y agua entre él y nosotros. En treinta años las posibilidades de posarse en algún sitio se van recortando. La tierra no es ilimitada, y ya estamos reducidos a esta ciudad.

Dejó el sillón y dio la espalda a René.

—¿Sabes cuántas veces los partidarios del jefe me han puesto en peligro de muerte?

—¿De muerte...? —exclamó René—. ¿Padre, hablas de atentados?

—Así es, René, de atentados contra mi persona. Dieciocho atentados de primera magnitud, para no hablar de otros de menor cuantía. Por ejemplo, es atentado de primera magnitud aquel en que los perseguidores te acorralan, ves sus caras, sus armas, sus brazos te aprisionan, eres herido de gravedad, escapas por un pelo... En cuanto a los de menor cuantía, por ejemplo, te envían una bomba de tiempo, estás expuesto, pero como desconfías de cualquier envío, no la tomas en tus manos. En un momento dado el jefe y yo estuvimos a la par en el número de atentados de primera magnitud. Después, me fue tomando ventaja. Sus recursos eran mayores. Muchos de los nuestros, cansados de esperar el triunfo de la Causa, se pasaron al enemigo o sencillamente se alejaron de la lucha. Esto procuró al jefe una especie de claros alrededor de mi persona que él ha sabido, lo confieso, aprovechar. Por otra parte, los vaivenes de la política internacional le han sido tan pro-

pietas que a la hora que te hablo casi todos los gobiernos, son sus partidarios. Si todavía se siente perseguido es porque desea ardientemente perder su carne. La verdad es que sólo de un modo teórico aguarda un atentado de parte mía.

—Pero padre —exclamó René vivamente—, no veo por qué tengas que morir. Todo podría arreglarse. Escribe a ese jefe comunicándole que te retiras de la persecución.

—Retirarse de la persecución... La persecución nunca se detendrá, es infinita; ni aún la muerte la detendría: ahí quedas tú para proseguirla. ¿No te has fijado en las carreras de relevos? Cuando un corredor deja caer la antorcha, el que sigue la recoge al instante. Tu abuelo me entregó la antorcha, yo te la pasaré. Tú la pondrás en las manos de tu hijo o en su defecto al miembro más destacado del partido. La Causa no puede dejar de correr un solo instante.

—¿Por qué se baten? —preguntó René con suma agitación.

—Por un pedazo de chocolate —respondió solemnemente su padre—. El jefe que ahora me persigue, hace muchos años logró, tras cruenta lucha, abatir al poderoso y feroz jefe que tenía prohibido en sus estados, so pena de muerte, el uso del chocolate. Este mantenía rigurosamente tal prohibición que se remontaba en el tiempo a siglos. Sus ancestros, los fundadores de la monarquía, habían prohibido el uso del chocolate en sus reinos. Afirmaban que el chocolate podía minar la seguridad del trono. Imagina los esfuerzos, las luchas que tuvieron lugar durante siglos para impedir el uso de dicho alimento. Millones de personas murieron, otras fueron deportadas. Por fin el jefe, que ahora me persigue, obtuvo una aplastante victoria sobre el último soberano y tuvimos la dicha, muy corra, de inundar de chocolate nuestros territorios.

—Dime, padre, ¿en qué minaba el chocolate la seguridad del trono? —Muy sencillo: el fundador de la dinastía afirmaba que el chocolate es un alimento poderoso, que al pueblo se debía mantener perpetuamente en una semi-hambre. Era la mejor medida para la perdurabilidad del trono. Imagina entonces nuestra alegría cuando, tras siglos de horrendas contiendas, pudimos inundar el país de chocolate. Las masas, que habían heredado esta patética predisposición a tomarlo, se dieron a consumirlo locamente. Al principio todo marchó sobre ruedas. Un mal día el jefe empezó a restringir su uso. Tu abuelo, que había visto pérecer a su padre y a su abuelo por la implantación del chocolate, se opuso categóricamente a dicha restricción. Y tuvo lugar el pri-

mer rozamiento con el jefe. Como en todas las luchas que van a ser a muerte, hubo imprescindibles tanteos, arreglos aparentes. Un día amanecíamos y la esperanza nos colmaba: el jefe daba carta blanca al uso del chocolate; otro día se limitaba su uso tres veces por semana. Entretanto las discusiones subían de punto. Tu abuelo, el personaje más influyente cerca del jefe, le reprochaba política tan funesta. Llegando al extremo de llamarlo «reaccionario». Tuvo lugar una acre disputa, cuyo resultado fue que al otro día el secretario de mi padre en el Ministerio de la Guerra fue encontrado agonizante en su casa: alguien lo había obligado a tomarse un galón de chocolate caliente. Esto colmó la medida. Mi padre se opuso abiertamente al gobierno, se formó el grupo de los chocolatófilos. Entonces yo era muy joven, pero recuerdo nítidamente un desfile bajo los balcones de la Casa de Gobierno comiendo barras de chocolate. En represalia, el jefe incautó el existente en el país. Nosotros no cejamos y nos vestimos color chocolate. El jefe, considerando que esto podía levantar en su contra al pueblo, nos declaró reos de lesa patria y ordenó un gran proceso. A duras penas mi padre pudo trasponer las fronteras y buscar asilo en un país vecino. El resultado de los procesos fue la muerte de miles de los nuestros.

—Si no eran culpables, ¿por qué los ejecutaban? —gritó René fuera de sí.

—¿Por qué...? Pregúntaselo a el Jefe —y Ramón soltó una risotada—. Entretanto mi padre y sus adeptos mantenían la santa causa del chocolate desde el país vecino. El jefe había traicionado los sacrosantos principios de la revolución del chocolate; en consecuencia, debería morir. Él lo sabía y, además, sabía que el pueblo, que no habría protestado abiertamente contra la prohibición si no es por la campaña llevada a cabo por la oposición, ahora se empeñaría en una lucha a muerte por el derecho a comer y beber chocolate donde y cuando lo quisiera. Pronto los acontecimientos confirmaron estas inquietudes del jefe. Los campesinos se sublevaron. El resultado fue la muerte de miles de ellos y la deportación de muchos miles más a las regiones heladas del país. Casi todos murieron. Entonces tu abuelo lanzó el primer atentado. El primer secretario del jefe era de los nuestros. No me detendré en los detalles de esta laboriosa comisión. Me limitaré a decirte que la taza de chocolate que bebería el jefe una mañana estaba envenenada.

—¿Es que el jefe tomaba chocolate? —exclamó René con asombro. —¡Cómo puedes ser tan ingenuo! Claro que hacía uso del chocolate, y en qué cantidad. Sabía él y sus secuaces que esta bebida es alta-

mente estimulante, para no olvidar que si al pueblo se prohibía su disfrute era precisamente porque de tomarla a la par, el pueblo y el gobierno, habría debilitado políticamente a este último. No olvides que el jefe y sus secuaces aspiraban, mediante las bondades secretas del chocolate, a la dominación mundial.

—Padre —lo interrumpió René—, ahora me doy cuenta, nunca te he visto tomar chocolate. En cuanto a mí, no sé qué gusto tiene.

—Sígues siendo un ingenuo. Así que nos rebajaríamos a tomar chocolate. ¿Tan simples nos crees como para vernos con una taza de chocolate en la mano? Lo que defendemos es la causa del chocolate. No tendría sentido que a miles de leguas de distancia de la batalla por el chocolate nos dispusiéramos a beberlo como unos desesperados. Y para acabar de ilustrarte: te confieso que nos harta. Tu mismo abuelo sonreía socarronamente cuando hablaban del chocolate, lo cual no obsta para que haya gastado su vida defendiéndolo a brazo partido.

René se acercó al cuadro y poniendo un dedo sobre la mano que sostenía la flecha clavada en la frente de San Sebastián preguntó cándidamente a su padre:

—¿Por qué no ordenaste al pintor que en lugar de una flecha me pusiera en la mano una taza de chocolate?

Ramón se demudó.

—Eso queda para la propaganda.

Fue a la mesa, revolvió en una gaveta, sacó una foto.

—Mira. Aquí nos tienes en el banquete aniversario de la prohibición del chocolate. ¿No reparas que todos sostenemos una taza? Sin embargo, nunca dimos tal banquete y mucho menos tomamos chocolate, pero eso no impidió que hicieramos una tirada de millones de fotos para hacerlas circular por el mundo. Pero dejemos tus ingenuidades y volvamos al jefe. Había descubierto la conspiración. Esa mañana de que te hablo se presentó en el comedor de la Cancillería llevando en su mano derecha una humeante taza de chocolate. A su vista, el secretario se quedó helado de espanto. El jefe le dijo, sin más preámbulo, que se la tomara... Te imaginarás el final de la escena: el secretario se vio obligado a apurar su propia cicuta. A los pocos minutos era cadáver. Ese mismo día el gobierno del país en que transcurría nuestro exilio, nos declaró extranjeros perniciosos. De entonces acá ha llovido mucho. Tu abuelo murió asesinado, yo estoy a punto de perecer. El cerco se estrecha cada vez más. Es por eso, y en ocasión de tu cumpleaños,

nos, que te he llamado aquí para participar la voluntad del partido y la mía propia.

—¿La voluntad del partido...? —apenas si pudo balbucear René.

—Es la voluntad del partido que seas mi sucesor, tanto en lo que tengo de perseguido como de perseguidor. Son dos funciones diametralmente opuestas. Cada una exige una táctica diferente. Aprenderás ambas. Como en los últimos tiempos la suerte nos ha sido adversa, deberás prepararte para ser el gran perseguido de nuestra Causa. Mi consejo es que, sin hacer renuncia expresa del oficio de perseguidor, pongas el acento en la complicadísima técnica del perseguido. No olvides que por el momento, la perdurabilidad de la Causa depende de la huida. Un buen huidor puede causar mucho daño al enemigo. El que huye lo hace de dos cosas: de otro hombre como él, y de la confesión. Lo primero recibe el nombre de atentado; lo segundo, de tortura.

—¿Tortura...? —balbució René.

—En toda la línea —contestó Ramón fríamente—. Si ordené pintar el cuadro fue con el único objeto de hacerte comprender plásticamente tu destino.

—Pero soy yo mismo quien se tortura, padre.

—En efecto, eres tú quien se tortura. Es una manera de invitar a los otros a que lo hagan. ¿Quién, en medio de tantas flechas, resistiría la tentación de clavarle una más? Por ejemplo, yo.

Y rápido como el rayo le clavó una aguja en el brazo. René dio un grito y cayó a los pies de su padre, quien levantándolo, dijo con inmensa ternura:

—He ahí tu regalo de cumpleaños.

Se sentó en el sillón, se aplicó los torniquetes y exclamó jovialmente:

—Vete a tomar tu desayuno.

La señora Pérez tenía pretensiones de poetisa. Dos libros de versos y ser viuda de un periodista famoso, le conferían cierta notoriedad entre sus amigos. Joven aún, y con bienes de fortuna, Dalia quería destacar-se, y en cierto modo lo conseguía. Aunque nunca pudo recibir en su casa «lo mejor» y muy poco de «lo regular», se estimaba una mujer triunfante. Se llenaba la boca para decir que sus «jueves musicales» eran una de las atracciones de la ciudad.

En esos jueves, tan anacrónicos como la señora Pérez, a la que su no menos anacrónico marido había legado la atmósfera de las veladas provincianas, se hacían tres cosas: recitar, tocar el piano y cantar. Dalia recitaba sus propios versos, acompañaba sus canciones y las cantaba, en medio de un incesante parloteo, matizado con risas estentóreas. Sentada al piano y al parecer absorta en la ejecución, se levantaba de pronto para mezclarse en la conversación de sus invitados. Solhando sus famosas risas, preguntaba sobre lo que conversaban *sotto voce*, y al rato volvía al piano. Así, jueves tras jueves, la vida de la señora Pérez era, no podría ser de otro modo, un camino sembrado de rosas.

Sin embargo, el jueves siguiente a su encuentro con René en la carnicería, Dalia se había encerrado en un gran mutismo. Sus nervios se hallaban a punto de estallar: se levantaba, volvía a sentarse, recorría el salón, arreglaba unas flores, daba órdenes al sirviente... Apenas atendida a sus invitados. Dejó al señor Powlavski con la palabra en la boca;

no besó a la encantadora Laurita; olvidó cumplimentar al crítico Blanco. Su extraño comportamiento empezaba a levantar comentarios entre sus invitados.

¿Qué le ocurría a Dalia? Esperaba la llegada de René. Presentarlo ese jueves a sus amigos, le proporcionaría un sonado triunfo. Su femenina vanidad no podía renunciar a esto. Nieburg y Powlavski se pondrían verdes de envidia. Laurita, que también había echado el ojo a René, de puro despechada se comería las uñas; Blanco, que se preciaba de conocer a los jóvenes de la ciudad, no le a perdonaría esta presentación. Era tal la impaciencia de Dalia por «cosechar» su triunfo que no faltó nada para proclamar la visita inminente de René, pero se contuvo en previsión de un fiasco.

De su desasosiego vino a sacarla Laurita, su rival en el bel canto. Le suplicó, en nombre de los invitados, que se dignara abrir la sesión poético-musical con la linda balada «Te espero de día y de noche». Recobrando su habitual vivacidad, Dalia de Pérez se sentó al piano. Preludió y pronto su voz inundó el salón. A mitad de la balada los invitados comentaban la melancolía con que la señora Pérez cantaba.

Su melancólica interpretación fue interrumpida por un timbrazo. Como movida por un resorte, Dalia se levantó y corrió hacia la puerta de la calle. Al instante volvió a entrar en el salón, esta vez con cara de triunfo: llevaba a René de la mano. El señor Nieburg, de puro asombro, dejó caer el cigarrillo sobre la alfombra, y el señor Powlavski se paró echando el cuerpo hacia delante. Dalia fue pasando de grupo en grupo para las presentaciones de rigor.

Por obra y gracia del recién llegado, Dalia volvía a ser Dalia. Las caras de Nieburg y Powlavski eran ardientes preguntas devorando la nuca, que reventaba de vanidad. René, con su habitual timidez, pronunciaba pocas palabras y se sonrojó cuando Laurita celebró sus espléndidos ojos grises.

—¿Qué diablos hizo para trabar amistad con René, señora Pérez? —inlagó Powlavski.

—¿Se acuerda de la tarde en la carnicería? —contestó Dalia—. ¿Y de la palidez de René? Esa misma tarde fui a su casa. Desde entonces somos grandes amigos.

Oyendo la palabra «casa», Nieburg y Powlavski dijeron a coro:

—Describanos la casa.

—Una casa como todas las casas. Sala, recibidor, dormitorios, comedor, cocina, baño...

De pronto sintió el impulso de comentar lo de la «oficina». Si pro-
porcionaba a Nieburg y a Powlavski esta primicia, su triunfo esa vela-
da sería fantástico. Cuando se disponía a dar rienda suelta a su pro-
verbial chismografía, se detuvo demudada: las caras de ambos mostraban
un ansia que iba más allá de la simple curiosidad.

—¿Qué ocurre, señora, hay algo que no pueda decir?

—¡Oh no, en modo alguno! Es una casa de aspecto muy doméstico.
No hay nada que no pueda verse y, además, los padres de René me la
enseñaron toda.

Para cortar por lo sano, empezó a hablar del ruido que hacía el
descubrimiento de una nueva droga para los nervios. Sin embargo,
implacables, Nieburg y Powlavski volvían a la carga: pedían detalles,
precisiones, alto y ancho, metros y hasta milímetros... Para quitarse-
los de encima, Dalia aprovechó que el criado pasaba con una bandeja;
cogió dos copas de cocktail, se las puso en las manos y los dejó con la
palabra en la boca.

Colgada del brazo de René, lo llevó ante una vitrina atestada de
marfiles y abanicos. Nieburg y Powlavski los siguieron. Ahora Dalia,
frente a la vitrina, señalaba a René los marfiles, al mismo tiempo que
hablaba sin parar. Nieburg y Powlavski, a corta distancia hacían a
Dalia, sin que René pudiera verlos, señas misteriosas, con miradas que
eran otras tantas preguntas. Utilizando los dedos manifestaron que
solicitaban una entrevista. Dalia, a su vez, les lanzó una mirada ami-
guiladora. Powlavski, haciendo caso omiso de la amenaza, se acercó
para decirle con toda desfachatez que tocara el Vals del Emperador. A
la señora Pérez no le quedó más remedio que complacerlo. Como no lo
sabía de memoria, Powlavski se ofreció a pasar las páginas. Mientras
lo hacía, se inclinaba sobre la ejecutante y le repetía *ad aeternum* si en
casa de René ocurrían cosas fuera de lo normal. Casi desmayada con-
cluyó Dalia el alegre vals.

En ese momento el criado anunció que la comida estaba servida.
Dalia se vio obligada a aceptar el brazo que Powlavski le ofrecía. Con
paso vacilante atravesó el salón y cayó desplomada en la silla que el
mismo Powlavski le encajaba en el trasero con burlesca solicitud. Ha-
ciendo un esfuerzo sobrehumano, Dalia, que tenía a su derecha al cri-
tico Blanco, respondió sonriendo a la pregunta que éste le hacía sobre
el consomé:

—No, amigo mío, no es de pollo, es de carne de res.

Y atropelladamente añadió:

—La cena de esta noche se compone exclusivamente de platos...
carnales.

Soló una de sus risas y volvió a decir:

—De platos carnales... Un consomé de carne de res, un gigote de
carnero, unas chuletas de puerco...

—Mi querida amiga—dijo Blanco— no va a terminar usted la rela-
ción del menú diciéndonos que el cuarto servicio es un estofado de
carne humana...

—En cuanto a eso, no; aunque el canibalismo...

Y calló confundida al mismo tiempo que se sonrojaba. Nieburg y
Powlavski la hacían decir estupideces y estaban dispuestos a aguarle la
velada. Se habían propuesto torturarla. Haciendo de tripas corazón,
dijo entre grandes risotadas:

—Bueno, mis amigos, si en esta cena alguien es vegetariano o se
abstiene de la carne por principios religiosos, ya puede ir ayunando.

—No creo que ninguno de los invitados esté en uno de esos casos,
Dalia—dijo Laurita—. Sólo veo colmillos afilados. A no ser que su
invitado de honor...—y dirigió una mirada penetrante a René.

Hacia él se dirigieron todas las miradas. René las sentía como agujas
en su carne. De nuevo, además, se aludía a la carne; no sólo él sería el
«plato fuerte» de la comida, era, asimismo, el tema de conversación. Y
quién sabe a qué peligros se expondría, a qué trampas y a qué abismo.

—No—dijo René con un hilo de voz— también yo como carne.

Sus palabras, proferidas con el acento de la víctima frente a su ver-
dugo, fueron acogidas con una carcajada general. De modo que *tam-
bién* René comía carne. ¿Pero de qué manera la comía? Con mandíbula
temblosa y dientes vacilantes, con boca de moribundo, con turba-
ción de pecador.

—Caramba, Dalia—exclamó Blanco—. La declaración de su ami-
guito constituye todo un reproche. Se considera y nos considera peca-
dores.

—¿Qué está diciendo!...—gritó Dalia—. ¿No ve que lo asusta? Su
carne todavía no es como la nuestra; a la menor cosita se desmaya. El
otro día en la carnicería...

—Doy fe—gritó burlescamente Laurita, alzada la mano—. El otro
día en la carnicería...—y miró a Dalia bajando púdicamente los ojos.

—Bueno—dijo Blanco—, ¿qué fue lo que pasó en la carnicería?

—Nada tan importante como para hacer una montaña—contestó
Dalia—. Sólo una predisposición del ánimo frente a la carne.

—¿Frente a la humana? —preguntó Blanco.

—No, frente a la de res. En dos palabras: el otro día René estuvo a punto de sufrir un desmayo al ver los cuartos de res colgados de los garfios.

—Ya, ya... —dijo Blanco—. Y ahora usted sirve una cena compuesta exclusivamente de platos carnales. A su amiguito esta noche le dará un síncope.

Y se rió estruendosamente.

En ese momento sirvieron el gigote de carnero. René pensó que él también era un carnero y Dalia y sus amigos se disponían a picarlo en pedacitos. Pensó decir algo, ya iba a decirlo, cuando Dalia se adelantó para preguntarle:

—¿Ya a comer del gigote?

—Comeré gigote —contestó René, con tal precipitación que las palabras se atropellaban en su boca—, y chuletas de puerco, y si lo sirven, *roast beef*, y ternera al horno y también pata y panza...

—¡Bravo! —palmoteó Dalia—. ¡Viva la carne!

—¡Que viva! —gritó Blanco.

Y se sirvió un gran plato de gigote.

Todos lo imitaron, excepto René, que apenas lo probó, al igual que el resto del menú. Dalia desistió de animarlo. O lo mataba o lo dejaba... Como si la angustia de René ante la carne tuviera la virtud de oprimir el pecho y cerrar las bocas, la cena transcurrió en un silencio de muerte.

En los postres Dalia lo rompió exclamando:

—La vida es así.

Y levantándose dio la señal para abandonar la mesa. Decididamente, la encantadora velada se había cambiado, por la presencia de René, en una velada fúnebre. Dalia no volvió a cantar, tampoco ninguno de los invitados se lo pidió. No estallaron más carcajadas ni nadie renovó sus alardes de frivolidad. René, marmóreo y como desencarnado, había tenido el privilegio de helar esas carnes palpitantes, hechas de apertitos y de lujuria. En los cuatro o cinco grupitos que se formaron después de la comida, sólo se hablaba de él, para «despellejarlo» y hacer trizas el fúnebre personaje. ¿Qué se había creído? ¿No estaba hecho de carne? ¿Era un espíritu superior? ¿Que no se le ocurra al aguafiestas volver a las veladas de Dalia!

Y como si se hubieran puesto de acuerdo, se produjo la desbandada general. Dalia, desolada, repeta: «Pero si es tan temprano...! ¡Pero

si es tan temprano...!» *Vox clamavit in deserto...* Todos se alejaron con aires de embajadores ofendidos, apenas sin despedirse de Dalia y con ostensible grosería, sin saludar a René.

Recostado en la chimenea esperó a que se marcharan. No se recordaba en la chimenea para adoptar una pose romántica a lo Chateaubriand, sino porque se sentía a punto de desplomarse. Los amigos de Dalia le habían dado a entender muy claramente que era un elemento antisocial. No por otra vía que por la carnal, el ser humano se realiza; en cambio, negando su carne y la carne, era un solitario, un místico, un anacoreta, un cenobita, en una época eminentemente carnal. Por otra parte, temía que Dalia le dijera todo esto y mucho más. Y él, todavía en esta casa, a la que nunca se le volvería a invitar. En esto sintió la voz de Dalia y la vio venir hacia él.

—¿Usted no se había ido?

René farfulló:

—Bueno... yo... Dalia... me iré ahora mismo...

Dalia llegó junto a él y le tomó las manos.

—Es usted un encanto. Qué grata sorpresa, Dios mío. Creí que se había ido a la inglesa, con todo su derecho. Mis invitados se portaron esta noche como seres insoportables. Menos mal que se han marchado. Así estaremos solos. La noche es todavía joven.

Y se le quedó mirando amorosamente.

—Es muy tarde, Dalia. Y además, por culpa mía...

—Usted es adorable. No diga tonterías. Venga, estaremos más cómodos en el sofá.

Lo sentó en el sofá y fue apagando las lámparas. Sólo dejó encendida una que estaba cerca, y sirvió dos copas de coñac.

—Brindemos por nuestra amistad. ¿No es cierto que seremos amigos eternos?

René contestó con monoslabos. Empezaba a marearse. Se había tomado el coñac de un trago. El perfume de Dalia era además una invitación al relajamiento, a sumirse en olvidos. Pero de pronto se acordó de su padre y se puso en pie.

—¡Oh qué niño malcriado! —exclamó Dalia dulcemente—. Ahora es cuando estamos en familia, en la verdadera intimidad —y suplicó a René que volviera a sentarse. De la mesa que estaba ante ellos tomó un libro de gran formato, y estrechándose contra el asustado René, le dijo:

—Vamos a distraernos. ¿Te gusta la pintura?

El libro sin embargo era un álbum de anatomía. En la carátula decía con grandes letras «El cuerpo humano». Dalia lo mantuvo cerrado durante unos segundos observando la reacción de René, quien se hallaba en extremo nervioso. Entonces, lo abrió de golpe y le enseñó la primera lámina. La figura representaba a un hombre joven enteramente desnudo, en la clásica postura de los manuales de anatomía. René experimentó una sensación de frío: le pareció que la figura se movía. Como en una pesadilla oyó la voz de Dalia formularle la misma pregunta de Ramón ante el San Sebastián: «¿Te gusta? ¿Te gusta?». Lo asaltó la idea de que Dalia se hallaba en convivencia con su padre, y que la escena estaba preparada entre ambos, que el álbum sería una horrible sucesión de figuras torturadas y, finalmente, la misma Dalia le quemaría las plantas de los pies o lo clavaría en la pared con una flecha... Se echó hacia atrás, se secó la frente empapada en sudor, y suplicó a Dalia que dejara para otra ocasión lo del álbum, no se sentía nada bien con el coñac que había tomado. Sin hacerle caso, ella pasó la hoja. Esta vez la figura era femenina y, como la anterior, se presentaba en posición típicamente anatómica. Resultaba tan aseptica que, temerosa de que René comenzara a reflexionar sobre las miserias de la carne, Dalia se dispuso a erotizar la «frigidéz» de la figura. Manifestó que ninguna mujer podría mostrar convenientemente sus encantos naturales sin el concurso de un marco apropiado. Según su humilde opinión el que mejor serviría a dicha figura era un sofá en el que extender el cuerpo con elegante indolencia. René se animó un tanto: la descripción había tenido la virtud de sacarlo de su estupor. Estimando que el proceso de erotización marchaba a pasos agigantados, Dalia unió la acción a la palabra: se tendió en el sofá en la postura de la Maja Desnuda.

—¿Se da cuenta de lo que intento explicarle? Los brazos, llevados hacia la espalda, permitan a los senos manifestar cierta autonomía, que de otra manera quedarían limitados a una simple dependencia del tórax. En cuanto a las caderas, si no es en esta postura, no puede hablarse de moribideces.

Lanzó una risa y preguntó a quemarropa:

—¿Conoce que son moribideces?

René, sentado al extremo del sofá, estaba tan abstraído contemplando la postura de Dalia que no oyó la pregunta. Ella la hizo de nuevo y de nuevo René se quedó callado. Dalia abandonó su posición, lo zarandéó, él masculló unas palabras y ella lo cogió por el brazo.

Virgilio Piñera

—No sólo nosotras nos vemos bien en una Recamier, también ustedes.

Y obligó a René a tenderse en el sofá. El álbum cayó sobre la alfombra. René se incorporó para recogerlo, pero Dalia, más rápida, lo recogió antes, y con la otra mano, colocada sobre el pecho de René, lo obligó a permanecer racostado. Entonces, inesperadamente, se tendió a su lado y abrió el álbum para mostrarle la figura de otro hombre desnudo, esta vez los músculos en tensión. El dibujante, para dar mayor realismo a la escena, había presentado la figura en el momento de levantar una barra de hierro. Las piernas, firmemente plantadas en el piso, soportaban el peso que tenía la virtud de poner de manifiesto venas, tendones, músculos. René se incorporó vivamente, se quedó un momento pensativo y exclamó luego:

—¿Por qué no lo dibujaron con una flecha en las manos?

Dalia lanzó una de sus famosas risas.

—¿Una flecha...? Dios mío, no lo entiendo.

—Una flecha, en vez de esa barra —dijo impetuosamente, y se levantó como un poseído. Adoptó la posición de la figura y repitió con angustia infinita—: Una flecha, Dalia, una flecha.

Ella sólo acertaba a reír, sintiéndose deliciosamente excitada. El preludio a lo que imaginaba como la iniciación sexual de René, la excitaba salvajemente. Así que mirándolo a los ojos le dijo:

—Nadie lo contradice, querido. Claro que una flecha. La flecha de Cupido.

—No, Dalia —gritó René—, no hablo de la flecha del Amor, hablo de la flecha del Dolor.

¿En qué hubiera parado todo esto? ¿Pura y simplemente en la cama o en una disquisición filosófica? Pero sonó el timbre del teléfono en el momento en que Dalia abría la boca para contestar a René. Ella se levantó para recibir la llamada. Era Ramón. Dijo que se hacía tarde y René tenía que levantarse muy temprano para realizar un viaje al día siguiente. Dalia, por un instante, pensó en ocultar a René la llamada de su padre, pero se contuvo. Si el hijo seguía demorándose, Ramón vendría personalmente en su busca. Se decidió por una *mezzo termine*: le diría que Ramón la había llamado para recordarle que no retuviera a René hasta altas horas de la noche.

Y así lo hizo, esperando que René, al que suponía tan erotizado como ella, no acatará la orden paterna. Pero al oír las palabras de Dalia, René pegó un brinco, se arregló el traje, se pasó la mano por los

cabellos, murmuró unas excusas, se despidió y salió claparado. Apenas Dalia tuvo tiempo para poner el álbum en sus manos.

—Se lo obsequio como un recuerdo de este encantador *tête-à-tête*, y vuelva.

Es decir, «vuelva al paraíso». Pero René iba en pos de su infierno acostumbrado. Y de ese «paraíso perdido» sólo quedaba el álbum. ¿Le quedaría realmente? ¿Acaso su padre —ese moderno Midas del Dolor— no lo quemaría ante sus ojos en un expiatorio auto de fe?